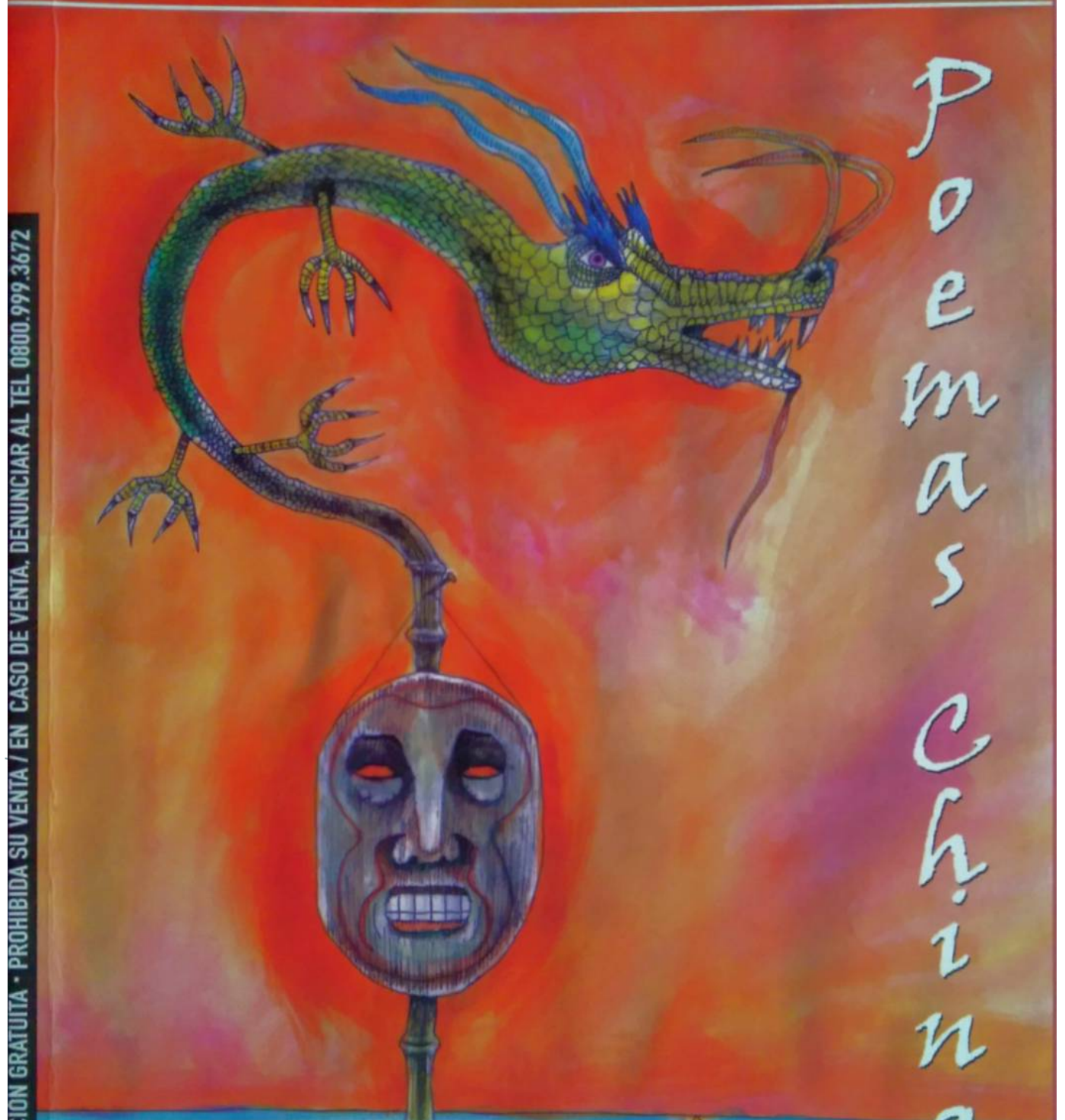
LP 21

Alberto Laiseca



Poemas chinos

DISTRIBUCION GRATUITA • PROHIBIDA SU VENTA / EN CASO DE VENTA, DENUNCIAR AL TEL 0800.999.3672

Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación

Gárgola

"Mi escudilla contiene su último alimento. / Es de noche y en el cascarón de jade sólo hay un sorbo de vino. / Comeré y beberé despacio, para tener la fuerza / de quien mira un árbol por primera vez." La poesía es una forma del hambre, dice con pudor insomne el dios valiente y loco que habla por medio del poeta chino que es Laiseca, de uno de los tantos poetas chinos que es Laiseca. Aquél que lea este libro correrá el riesgo de la multiplicidad. Será muchos en la sabiduría, hasta que la belleza de una línea lo abandone en una milenaria contemplación. En tiempos ruidosos, es bueno que un libro duela sin disonancias. En tiempos vertiginosos, cuando el eco parece ser la única trascendencia posible, es bueno que las palabras sean un prodigio irrepetible.

Alberto Laiseca nació en Rosario el 11 de febrero de 1941, pero pasó su infancia en Camilo Aldao, un pueblo ubicado en el límite entre las provincias de Córdoba y Santa Fe. Trabajó en diferentes oficios en distintas provincias. Fue durante seis años empleado telefónico y durante otros diez corrector de pruebas de galera en el diario La Razón. Actualmente dirige talleres literarios y tiene un programa de televisión por el canal I-SAT, donde narra cuentos de terror. Ha publicado los libros de cuentos *Matando enanos a garrotazos* (1982, 2004, reeditado por Gárgola Ediciones) y *En sueños he llorado* (2002); y las novelas Su turno para morir (1976), *Aventuras de un novelista atonal* (1982), *La hija de Kheops* (1989), *La mujer en la muralla* (1990), *El jardín de las máquinas parlantes* (1993), *Los Sorias*, su mítica obra de más de 1300 páginas recientemente reeditada por nuestro sello editor, *El gusano máximo de la vida misma* (1999), *Beber en rojo* (2000) y *Las aventuras del profesor Eusebio Filigranatti* (2003). *Poemas Chinos* es su único y celebrado libro de poesía y ésta es su primera reedición.

Poemas chinos

Alberto Laiseca

Poemas chinos

Gárgola

Laiseca, Alberto
Poemas Chinos. - 1ª. ed. - Buenos Aires: Gárgola, 2005.
128 p.; 21x14 cm.

ISBN 950-9051-66-7
1. Poesía Argentina. I. Título
CDD 861

Editor: Ricardo Romero
Ilustración de tapa: Luciano Espeche

© 1987, 2005,2013 Alberto Laiseca
© 2005, 2013 Gárgola Ediciones
de Modelo Para Armar SRL
Reservados los derechos
1ra reimpresión: marzo 2013

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN: 950-9051-66-7
Impreso en Argentina

Gárgola Ediciones
Venezuela 726 - (1095) - San Telmo - Buenos Aires
Tel/fax: (054-11)-4331-4204
ventas@gargolaediciones.com.ar
www.gargolaediciones.com.ar

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea eléctrico, químico, mecánico, de grabación o
de fotocopia, sin permiso previo del editor.

A mi hija Julieta

El poema chino de un viejo Maestro es imposible de traducir en su totalidad. Sólo puede brindarse al lector occidental una parte del mismo. Veremos por qué.

Cada ideograma significa una palabra. Ahora bien, como cada ideograma está compuesto por sub-ideogramas –que también representan palabras–, un viejo Maestro chino está jugando con cinco, seis o siete poemas al mismo tiempo. Según como se lea, o dónde apoyemos nuestra sensibilidad, brotarán nuevos ritmos e intenciones, completamente distintos, al lado de los anteriores. Por eso, al verterlos a otro idioma, el traductor debe optar.

Quizá el lector se extrañe ante el desorden con que son presentados los poetas. Habitualmente un antólogo va desde la dinastía más antigua –legendaria, en este caso– hasta la última. Entiendo, sin embargo, que no hay «progreso» en poesía. Por lo tanto no existe orden que mostrar. Los poemas se insertan, por su cuenta, en determinados lugares.

Algún poema de los aquí traducidos, resulta incomprensible si no conocemos un poco la historia de China.

En este sentido tenemos: *El Rey Ch'in quema libros y construye murallas.* El Rey Ch'in, o Shih Hwang Ti, fue quien ordenó levantar la Gran Muralla. En esa edificación memorable murieron miles de campesinos, artesanos e intelectuales. Quienes sucumbían a causa de sufrimientos y penalidades, eran emparedados en la misma construcción, a medida que iba tomando forma. Ch'in no tenía piedad. Su reinado fue muy corto, pero jamás será olvidado. Este Emperador odiaba a Confucio e hizo quemar sus libros y perseguir a los letrados que enseñaban sus palabras. Pero los hombres sabios aprendieron de memoria esos textos y, cuando Ch'in murió, volvieron a escribirlos.

Una arraigada tradición china dice que si un trozo de jade ha acompañado a un hombre largo tiempo, termina por formar parte de su alma. Se impregna con todas sus características: malas y buenas.

Así pues, cuando el poema dice:

«El Rey Ch'in lleva un trozo de jade desde su nacimiento pero entre los cañaverales una mujer ha parido.»

Significa: una mujer pobre («entre los cañaverales») ha parido un jade que es más fuerte que el jade del Rey Ch'in. Hay algo más potente que la decisión del Emperador, y es el empeño del pueblo chino en sobrevivir y continuar la tradición pese a la locura y a la matanza. El pueblo es invencible.

El poema, además, hace referencia a palabras de Confucio –enemigo de Ch'in– «Odio el color púrpura porque se confunde con el color rojo». El amarillo era el color imperial. Sólo el Rey podía usarlo. Pero también el color rojo estaba muy elevado. Con sutileza parece significar

que Ch'in era un falso Emperador: el púrpura parece rojo pero no lo es.

Por lo demás, los citados Yao y Shun, quienes sonríen al final del poema, son dos Emperadores legendarios que siempre citaba Confucio como modelo de virtudes.

Creo que este poema, a causa de las referencias históricas, es el más «difícil» de entender para el occidental. Pasaremos pues, sin más, a la obra.

Lai Ts Chiá, antólogo

El puente de maderas azules

Mis celos son tan grandes como el país de Ts'in.
Día infausto cuando te vi por primera vez
en el puente de maderas azules.
Doncella coqueta, hija de mandarín,
que miras tu rostro en el agua.
Ya en mi habitación sonrío a mi espejo
y caigo en vastos espacios.
Trato de borrarte dentro mío con vinos de colores
/prodigiosos,
pero no puedo olvidar esa perla con que sujetas tus
/cabellos.
Ayer, sin saber cómo, te volví a encontrar
en el puente de maderas azules.
Creo que deberé castigar la imprudencia
de mi torpe mano desobediente.

Te Chuang. Dinastía Ming.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Las ruinas del viejo trono

Helados magistrados pueblan como estatuas
el espectral pasillo de la justicia.
Únicamente la venganza espera
en la Sala de las Audiencias.
Me acerco de noche a las ruinas del Viejo Trono.
La Terraza del Emperador está desierta,
cubierta de hojas secas que se agitan despacio;
se inclinan reverentes ante el débil soplo fantástico de la
/Luna llena,
como raras joyas subalternas.
Un viento ha barrido la rebelión de Tai Ping
y sus jefes ya no existen.
¿Quién pedirá justicia ahora, bajo el Cielo?
Sólo un tambor sangriento.
El prudente dragón se ha perdido en una nube amarilla
y yo, el último Tai Ping, estoy solo.

Chuh Fo. Dinastía Ch'ing.

Escribiendo un poema

Escribo este poema con una delgada varilla de
junco;
la tinta, al deslizarse, produce un ruido
ensordecedor.
La clarividencia otorga deslumbramiento
y un pequeño dedal de malaquita
crece hasta contener el Río Amarillo.
En la pared de mi cuarto
está la vieja pintura de una rosa bermellón;
ese inofensivo objeto neutro e indoloro
me aturde con el insoportable perfume de miles de flores.
Todo eso has producido en el corazón de quien espera.

Hwang Tsi Lie. Dinastía Chou.

La fuerza de quien mira

Mi escudilla contiene su último alimento.
Es de noche y en el cascarón de jade
sólo hay un sorbo de vino.
Comeré y beberé despacio, para tener la fuerza
de quien mira un árbol por primera vez.

Hwang Hupeh. Dinastía Liang.

El recuerdo de tu sonrisa

El rocío aumenta el peso de mi túnica.
El sueño danza lejos de mí
ignorando la entrada que le proponen mis ojos.
Sin embargo es preciso que descanse esta noche,
pues mañana deberé cruzar ese desierto de bambúes de
/arena.

Casi no tengo agua,
pero el recuerdo de tu sonrisa
puede cambiar la desesperación y el destino.

Cho Tang. Dinastía Chin.

Despedida flotante

Hace once años que partiste.
Nadie toca ese laúd pintado de rojo
pero yo todavía escucho su despedida flotante.
Los caballos pasaron ayer frente a la casa donde vivo;
sin embargo, el coral aún tintinea sobre mi mesa.
La tarde no ha terminado
y el campesino sigue empeñado en el arrozal.
Ni la más severa disciplina logró dispersar la niebla de la
/mañana,
que conservo en el hueco de mi mano.

Yang Ch'eng. Dinastía T'ang.

La Gran Muralla

No es su costumbre,
pero la garza amarilla desplegó sus alas e inició anoche un
/vuelo nocturno.
No es frecuente en China;
pero a veces ocurre que alguien desarma la Gran Muralla
para que el corazón quede expuesto
y pueda volver a amar.

Yuan Ho. Dinastía Han.

Tomando trabajos

El soldado atraviesa el Yang Tse Kiang amarillo y azul,
aunque la espuma amenace tragarlos, a él y a su
/cabalgadura,
con la velocidad de joyas resplandecientes.
Mi país tiene muchas montañas,
selvas con monos coloreados
y escaleras abruptas semejantes a velas trepadas por los
/marineros.
Estos son algunos de los trabajos que he tomado por tu
/amor.

Nan Chao Li. Dinastía Sung.

Mi corazón te busca

Mi corazón te busca.
La Puerta del Este no está vigilada por los guardias,
quienes ya no tienen consigna que guardar.
La Vieja Torre ha sido abandonada
por los osos del bosque
y comparto mi comida en medio de una
conversación extraña, absurda.
Mi corazón tiene un Este y un Oeste;
allí también hay un camino, que atraviesa las tierras
/quemadas.
No hay falta ni arrepentimiento en buscarte;
sólo el peligro de la impaciencia que a veces me conduce al
/lago.
con sus espejos parlantes y risas salvajes.

Tseng Feng Hsi. Dinastía Yuan.

A la memoria del Rey Tzing, derrotado por una coalición de Reyes

Vi Tres Reyes triunfantes, Tres Reyes terribles.
¿Qué terrateniente podría compararse al dragón,
que vuela por el Cielo y posee todas las nubes?
Un hombre se miró,
pero ningún arquero vigiló al hombre de la imagen.
Para mí ya no habrá benevolencia
pues un espejo no tiene sangre.

Teng Hsiao Chou. Dinastía Han.

Eres mujer

Eres mujer y has tejido un manto para tu señor;
camino a la luz de la Luna y no siento el frío de la helada.
Con tus manos de mujer has sazonado el arroz de quien
/te gobierna;
tuve una jornada de mil li y no sentí hambre ni
/cansancio.
Arreglaste las flores como un nevado bosque lleno de
/caminos;
miro a tu marido revisar satisfecho su carruaje,
y sé que ese hombre, no conoce su destino.

Shen Chin. Dinastía Wei.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

La crueldad como templo del amor

Ella pide más pruebas de amor
bajo la sombra de mi ansia impaciente.
Su espalda se arquea,
junco flexible al castigo,
mientras lo blanco se torna purpúreo.
Prefiero la mujer a la porcelana.
Las colas de mi látigo,
que la hieren con gentileza,
son las mismas plumas
que también la guardan de sí misma.

Chuang Wen. Dinastía Sung.

Las dos casas de la golondrina

Únicamente la fantasía de mi dueño
hace posible la equivalencia
de los dos ideogramas.

Poema escrito con agradecimiento
y amor, en el primer día de la Cuarta Luna,
por la insignificante mujer de Chuang Wen.

El crecimiento de las grandes aguas

Por ti me he vuelto extravagante
como un diablo extranjero.
Miro tus ojos y veo florestas oscuras con algo de amarillo.
Senos infantiles pero de inmensos vértices;
pies diminutos y perfectos.
Entre tus piernas una pequeña Diosa China desnuda.
Cuán clamoroso el brote de bambú,
el marfil rosado,
con que la deidad se corona
como atributo divino.
Me fascina tu pelo negro
sobre la convulsión marrón de los tapices.
Pero Grandes Oídos captan el roce de los dedos
antes de que éstos lleguen a tocar la piel.
Te miro en público y mi corrección se altera.
Sé demasiado bien que múltiples ojos lo registran,
mientras las verdes aguas de la vergüenza
amenazan tragarnos.
No comprendo por qué,
a causa de mi condición femenina,
y de tu Origen Celestial,
sería mal visto si dijese
que eres encantadora.

Poema escrito por una cortesana
desconocida del palacio de Nancia, la Reina.

Cruzando el vado

El pantano tiene un agua negra que no deja ver su fondo.
El verano hace un largo viaje de un año,
pasando antes por la casa de su enemigo.
La primera claridad de la mañana,
tampoco sabe si logrará salir de las ramas,
de ese árbol seco,
que siempre la espera en el horizonte.
Te vi tan hermosa, frente a la puerta de tu casa,
que pedí tu compañía para cruzar el vado.

Suh T'ang. Reino de Tüeh.

Una hoja se agita

He sido severamente castigado por mi descuido en el
/ritual;
aún me conmuevo cuando anoche, acostado en mi estera,
oí cantar los grillos.
Mi instructor dice: el camino de Buda aleja del dolor;
hoy, cuando pasé frente al río,
el viento encorvó un sauce.
A veces pienso en Nirvana, país desconocido,
donde la ausente hoja no tiembla ni se agita;
pero esta mañana, los juncos,
aún conservaban el rocío en sus gargantas.

Wan Loo. Reino de K 'uang.

El Rey Ch'in quema libros
y construye murallas

El Rey Ch'in quema libros y construye murallas;
pero la nieve de las cuatro montañas aún no se ha fundido,
pese al estío.
El Rey Ch'in lleva un trozo de jade desde su nacimiento;
pero entre los cañaverales una mujer ha parido.
El Rey Ch'in ha escrito la Historia, con finos caracteres,
sobre papel de arroz;
pero Confucio dijo: «Odio el color púrpura
porque se confunde con el color rojo».
Los Emperadores Yao y Shun, sonríen.

Yen Ts'anglang. Dinastía Ch'i.

Soy mujer

Soy mujer y por esta curiosidad indiscreta
he mortificado a mi amado.
Pedí ayuda al Dios de la Cocina
y elevé preces al Dios del Sud Oeste de la casa.
Pero Confucio dijo: «Si has ofendido al Cielo,
no hay dios al que le puedas orar».

Shen Kuci. Reino de Ch'u.

No haré como la Quinta Luna

Hay una Gran Rueda de fuego construida con ese lago,
la tierra que pisas y la madera del Cielo.
Pero no haré como la Quinta Luna,
que coloca su corazón en el centro del eje.
Yo espero aquí, en el abismo terrenal,
aunque el carruaje me destruya.

Nü Ping. Dinastía Ch'en.

Descansando un momento

Veo tu sombra donde el trigo se parte en dos.
La tarde está en calma.
Doradas mariposas trazan círculos con su tempestad
/fantástica.
Llegué hasta aquí siguiendo un falso río de losas y arcilla.
Mi pena es vieja, como un tigre blanco de ocho mil años:
pero descanso un momento bajo la Torre de los Caballos,
y sigo, a pie, mi camino.

Fan Meng Li. Dinastía Sui.

El trueno de la seda

Escucho el trueno de la seda,
miro el brillo deslumbrador de esa piedra opaca
y huelo las escamas del pez de madera.
Sin embargo, no supe sentir a tiempo tu corazón.

Lü Ch'iu. Dinastía Hsia.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Ayer sonreíste

La música de este pequeño tambor
habla de raros tesoros.
Ayer sonreíste, aunque no sé si para mí.
Sólo tengo el brillo del adorno de plata,
de ese carruaje que pasa alborotando a los gorriones,
pero me basta para aplastar la insolencia de un
/presentimiento abominable.

Tsé Fung Tsi. Reino de Chou.

Tú y yo

La arenisca penetra en mis cejas y en tu pelo.
La muerte tiene ojos de almendra,
cuando extiende su Decreto Imperial.
Sólo una huella de ceniza
es la imagen del espejo destrozado.
Sin duda, mañana, algún día,
haciendo equilibrio en el borde de una campana vuelta
/de revés,
un sonido más fuerte nos sacará del círculo
empujándonos hacia el fondo.
Mañana, algún día,
emprenderemos viaje a los Torrentes Amarillos[1],
donde la luz se detiene
y el sonido se sumerge en la madera celestial.
Pero hoy, el cerezo del árbol, tiene más realidad
que los diez lejanos ángulos de la tierra.
Hoy estamos juntos, tú y yo.

Wu Yang Tsu. Dinastía Shang.

[1] Esta antigua alegoría china significa La Muerte.

El arroz que compartimos

En el Reino de Ch'u hay un árbol;
quinientos años dura su primavera.
Mas, en nuestro jardín,
poco tiempo permanecerá el esplendor de
/las flores del ciruelo.
Al norte del Lago Celestial vive un pez;
cada ojo mide quinientos li
y cada escama es grande como el escudo de un genio.
En cambio, tú riegas el patio de nuestra casa.
Al este, luego de la más alta cadena de montañas,
habita un pájaro;
cuando rasca la tierra para refrescarse,
hay un terremoto en la provincia de Kwang Tang.
Casi nunca vuela;
cuando lo hace los árboles cambian de lugar,
y el estío se mezcla con el invierno.
Pero tu barriste la entrada para recibirme.
Al oeste vive un gigante muy austero;
cada vez que se dispone a cruzar el desierto de los cien mil li
pone en su bolsa comida para sólo tres jornadas;
sin embargo, la provincia de Kumi pasa hambre.
Tú, amada, has sazonado el arroz que compartimos.
El árbol, el pez, el pájaro y el gigante miran nuestra
/felicidad
y sonríen inescrutables.

Ho Yuan Chen. Dinastía Legendaria.

Un poema vulgar

Por tu amor estoy dispuesto a decir la palabra más trivial.
Mi casa está limpia y resplandece.
Despierto, y cada amanecer es un vaso de porcelana que
/se ocupa con lentitud.
Amor es como Tao, que llena todos los vacíos.
El arreglo floral, sobre mi mesa,
abarca la totalidad del jardín.
El campesino, ante su felicidad grita «¡Mala cosecha!»,
para confundir a los Seis Diablos del Cielo.
Pero, ¿quién temería al tigre, siendo elefante?
Un hombre enamorado nunca será un astuto guerrero,
ni un gran sabio, ni un buen poeta.

Tung Tai. Reino de C'hao.

Una verdad comprobable

Anoche soñé con un Rey que vivió hace veinte centurias.
Estaba en un trono de oro, grave y silencioso.
Sus ministros, estupefactos, veían la escarcha en las
/ventanas.
Luego soñé con un país, de diez centurias atrás.
Hombres sin imaginación, con torpeza,
intentaban controlar la creciente de su enorme río.
Después soñé con una mujer de la novena centuria que
/vendrá;
a su lado un hombre;
y ambos habían cometido un error terrible.
El amor es una verdad que se comprueba,
y no entiendo por qué no despiertas para mirarme.

Su Huei. Reino de Yen.

Árbol ciruelo

Digo «te amo» y tú sonríes,
pero al minuto siguiente
tu rostro afila el borde de una larga sombra.
¿Deberé decir «me fastidias»?
quizá así, luego de tu pena,
tengamos por delante un día luminoso.
¿Deberé talar el único árbol ciruelo de mi jardín,
para ganar benevolencia ante la arrogancia del bosque?

Teh Ping. Reino de Ch'en.

Ayer, no estabas

Oigo la abominable música de Cheng.
Su disonancia convierte mi alma en Reinos Combatientes.
No es música del Cielo ni del mundo terrenal.
Detesto la pintura de Foh,
porque sus masas intencionalmente mal balanceadas
arrojan a un Mundo Amarillo.
Veo huecos fundidos
que con insolencia arguyen ante las formas.
Maldigo los execrables poemas de Tut,
porque dan bríos al puñado de arena del centro del oasis;
así, la mancha en la cosecha, crece hasta tomar
/dimensiones gigantescas
y la pasta del fondo adquiere magisterio sobre
/el agua clara.
Ayer, no estabas.

Chang Tshia. Ducado de Ts'in.

El puñado de arena
en el fondo de la embarcación

Más allá de las ruinas de ese lejano puente
empieza un país sin colores.
Sólo hay ideogramas en su entrada;
como los que se encuentran sobre las tapas de este
/libro en blanco,
que leo al borde del río.
La vi por última vez
en la Quinta Primavera de nuestro amor.
Hay un puñado de arena en el fondo de la embarcación
y ella sigue, sin remero,
su viaje hacia los Torrentes Amarillos.

Chuh Fo. Dinastía Ch'ing.

Lámpara ritual

La vi perdida entre arrozales y altos juncos.
Ahora está de este lado del río,
como una mujer de bambú.
Es la noche de la Cuarta Luna
y hemos encendido la lámpara ritual.

Te Chuang. Dinastía Ming.

Un viejo maestro

Al final de las riberas del Ho,
como un genio fabuloso,
vivía un Viejo Maestro.
Diez milenios duró su existencia.
Para dibujar cada ideograma demoraba cien años
y el largo poema aún no ha terminado.

Fan Meng Li. Dinastía Sui.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Pequeño laurel

Un pequeño laurel
vive frente a mi casa.
Desnuda su máximo secreto,
pero está en armonía con los juncos del río.

Yuan Ho. Dinastía Han.

El ojo de jade

En la montaña de Chie Tah vivía un mago,
amarillo como el Emperador
que una tarde invocó la fuerza dorada.
Viejo amigo
aún beberemos té en el ojo de jade.

Wan Loo. Reino de K'uang.

Arreglos de paisajes en miniatura

Tomo un puñado de tierra y hago creer a quien mira,
que se trata de una montaña.
Ella toma una copa labrada, llena de agua,
y la convierte en un río.
Ayer la vi
y acordamos transformar algo entre los dos,
para burlar a los Seis Demonios del desierto.

Ho Yuan Chen. Dinastía Legendaria.

La balanza con forma de dragón

El amor es como una gran morada,
en cuyo centro hay un pequeño ritual.
Delicada balanza con forma de prudente dragón.
Sostenida con suavidad, entre sus dientes,
está una mujer
y sobre la cola estoy yo.
Amor es una pequeña morada.
Hay un centro y un gran ritual.

Cho Tang. Dinastía Chin.

Enojo de mujer

En el Reino de Ch'i vivía un viejo pintor.
Su obra maestra era una alta y delgada tela,
sobre la que estaba la figura de una hermosa,
hermosa mujer, que no tenía corazón.
«No es posible –se dijo–.
Está incompleta».
Entonces le puso un órgano con cuerdas,
espacios, formas y armonías,
y la capacidad de ser buena, sentir y amar.
Pero la mujer, viendo que sólo era una tela pintada,
aunque de corazón viviente,
se vengó del pintor,
y lo mató.

Chang Tshia. Ducado de Ts'in.

El pájaro del desierto sin colores

Los rayos de la Luna cargan con lentitud mi copa de coral,
y un gran amor colma todos los vacíos.
Garza amarilla, imperial,
de la terraza sombría:
no invoques al pájaro
que vive en el desierto sin colores,
pues él es el único que responde con prontitud.

Teh Ping. Reino de Ch'en.

El torrente

Soñé con una elevada plataforma de marfil
donde había diez mil muchachas, orando en soledad.
Un torrente, en el sueño,
barrió las sutras monásticas y me despertó.
El bote que nos condujo,
aún conserva el perfume de los juncos.

Tung Tsi. Reino de Chao.

Error invisible

Mezclé las fichas del dominó.
Ayer estuvimos bajo la Torre del Reloj;
hablamos sobre la vida, la pintura y la música de Chen,
pero no nos entendimos.
Mezclé las fichas del dominó.
Sin duda, he cometido un error invisible.

Hwang Tsi Lie. Dinastía Chiou.

Un hombre buscaba

Un pájaro pintado se posó en la rama del ciruelo.
No le gustó mi casa de bambúes,
ni el arroz que compartimos.
Un hombre buscaba al Dios del Sud Oeste de la casa,
pero sólo encontró al Demonio del Desierto.

Hwang Hupeh. Dinastía Liang.

Un presentimiento a orillas del Ho

Las riberas del Ho están llenas de vidrios
multicolores.
Cuando la encontré por última vez
se destacó un presentimiento,
como sal en mares disecados.
Ahora es invierno y afuera,
la nieve se deposita en pequeños montones centelleantes.

Yang Ch'eng. Dinastía T'ang.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

El maestro pensamiento

En el desván hay un arpa
sellada con ideogramas.
Es preciso usarla con precaución,
pues contiene una nota aguda
que separa al hombre de la mujer.

Su Huei. Reino de Yen.

El órgano del arte

Con bambúes he construido un instrumento musical.
Es como agua flotando sobre la tierra.
Tiene un ideograma de aire, semejante a un órgano
cuando se calienta desde su lado de fuego.

Nü Ping. Dinastía Ch'en.

Camino de campo

Tienes un camino campesino
y grandes masas de trigo tocan tus piernas.
Un pájaro bermellón canta sus Dos Armonías
en el corazón del profundo bosque.

Suh T'ang. Reino de Yüeh.

La princesa T'eng

La princesa T'eng
está sentada sobre un gran espejo.
Pero es primavera
y ella no ha concluido su gesto.

Wu Yang Tsu. Dinastía Shang.

Jóvenes caballos

Un caballo joven pasó dentro de un relámpago.
Hay una cisterna, entre las cañas,
y una rapsodia bajo la Quinta Luna.

Nan Chao Li. Dinastía Sung.

Los ocho palacios

En el centro de la Tierra Central hay Ocho Palacios
y cada uno tiene su vino.
En el nuevo Palacio Chin, dentro de una copa de madera,
está el vino azul de la estación terrenal.
En el Palacio Wei, entre afilados bordes,
se encuentra un vino en creciente.
Reposa dentro de un objeto de plata,
como una semilla de bambú.
Es el vino del verdor que se relaciona, perpetuamente,
con la renovación de húmedas florestas.
En el joven Palacio Han, en el interior de un marfil,
espera el rojo vino del dragón solar.
Infortunado quien busca en esta mansión el inexistente
/secreto.
Es un vino dichoso, espontáneo y preciadísimo,
y el único cuyo fuero se extiende más allá de sus muros.
Este vino puede beberse aquí, y afuera
mezclado con otros vinos;
pero los vinos de afuera, jamás deben beberse aquí.
En el Palacio Ch'in, flotando sobre la porcelana,
hay vino de la estación intermedia, jaspeada y brillante.
En el viejo Palacio Chou, sostenido por el oro,
hay un vino amarillo llamado Agua de Otoño;
tiene un círculo, y un centro que pesa sobre sí mismo.
En el Palacio Shang, apretado por una garra de hierro,
descansa el liviano vino menguante.

Tiene el color del polvo de la Luna, visto a través de una
/copa.
El Palacio Hsia, en cambio, está en ruinas;
allí, dentro de un cascarón de plomo,
hay un vino invernal.
Su color es blanco, semejante al de la nieve dentro
/de los sueños.
Luego está el Palacio Legendario.
Es un palacio grande, sin puertas ni ventanas.
Dentro del jade hay un vino tenue, que permanece
/con suavidad
entre sus propios espejos y máscaras.
Es el vino de Tao.

Nan Chao Li. Dinastía Sung.

Diablo extranjero

Mi Emperador murió en rebelión, contra el Falso
/Emperador,
en el mes que apaga la primavera.
Mi querido pájaro negro sirvió de escudo el mismo
día;
y ayer, años después pero en la misma época fatídica,
alguien destruyó mi gato atigrado, el patriarca
/de mis gatos,
que se sentaba al sol como un Buda sabio e irritable.
Marco Polo, mi amigo,
el diablo extranjero,
nombra los meses con su extraña manera bárbara.
La muerte, con su deshonra, me transforma en intruso
/apátrida.
Quisiera morir en abril, junto a mis amigos.

Tseng Feng Hsi. Dinastía Yuan.

Las cuatro edades del hombre

En la Primera Edad se ama a Confucio.
En la Segunda Edad se lo odia.
En la Tercera Edad, con miedo y abyección,
otra vez se lo ama.
Odio y amor son dos vinos que no deben mezclarse.
El odio necesita tener su centro y el amor también.
La Cuarta, es la Edad de la Clemencia.

Hwang Hupeh. Dinastía Liang.

Enfermedad de jardín

Nunca dejaré de hacerlo;
sin embargo, inútil será cuánto lave la seda.
Perpetuamente me embestirá su borde amarillo.
Es otoño y las hojas del árbol de mi jardín,
tienen el color que corresponde a su tiempo.
No obstante, algo que no es normal
y repta sigiloso, me perturba.
Es convulso y pequeño, difícil de ver,
roto desde siempre
y altera el concierto de las cosas.
El otro amarillo, el que no es imperial.

Teng Hsiao Ghou. Dinastía Han.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Pesadilla

Soñé que estaba perdido en un palacio de setos y biombos.
Ya despierto veo mi cuarto.
Todo está limpio y en orden.
Sin embargo, ese ángulo de la pared,
muestra una sombra inarmónica
que no se balancea en claroscuro.
No es gran cosa, en apariencia;
pero si enciendo una lámpara a fin de iluminarlo,
él se aclara arrojando confusión en otro sitio.
Su desorden es obstinado y fijo.
Perseverante.
Ninguna combinación hará variar su esencia.
Como si yo jamás pudiese fundir esa espada diabólica,
a causa de sus bordes nebulosos.
Inútil será cuánto lo persiga.
La sombra también tiene su fuego fatuo;
existe, pero siempre un poco más allá.
Perpetuamente se desliza, como un Falso Emperador,
y no me permite venerarla.
La madurez, con felicidad,
es un estado de gracia que desconozco.

Hwang Tsi Lie. Dinastía Chou.

Pequeño gorrión

Mi amada no conoce jaulas;
va y vuelve cuando se le ocurre.
No te cantaré cuando te hayas ido,
pequeño gorrión salvaje.
Te canto ahora que me amas.

Shen Chin. Dinastía Wei.

El camino del medio

La cólera del Ti[2] nunca llega a su punto más alto,
ni falta que hace.
Sólo un cambio de tono en sus ojos,
nada más que el roce de un dedo sobre las cuerdas
/o la copa,
y el hombre ya está muerto.
Yo, amada, soy tu Ti,
tú eres el mío
y el amor está entre los dos.

Nü Ping. Dinastía Ch'en.

[2] Emperador.

Ajedrez de País Central[3]

En el ajedrez de mi tierra existe un cañón.
No ataca simplemente al adversario.
Jamás algo tan directo.
Toma como excusa un trebejo intermedio;
con independencia de si es camarada o valor invasor.
Porque el cañón no sirve para disparar contra las murallas,
sino por sobre ellas.
Así la muerte, didáctica y vacía,
con birrete de mandarín,
impone su magisterio desde el Cielo.
No hay Emperatriz, salvo la que muestra su hueso de jade.
Negras torres festivas
combaten contra otras de un blanco funerario.
Monjes taoístas beben té
y al final del rito, entre pequeñas tazas,
se matan mutuamente conservando intacto el servicio.
Los Emperadores, presos en pequeños palacios,
no pueden mirarse entre sí.
Sobrepasar el pudor del rival
significa la pérdida del Imperio.
Quien sucumbe a femeninas tentaciones,
no es digno de reinar.
Cada emperador tiene dos guardianes;
como él, prisioneros de Palacio.
Combaten sobre pasillos en diagonal,

[3] País Central: China.

entre austeras jerarquías.
Es una inmemorial tradición palaciega
que superiores y subordinados, saliendo a combate,
se desahoguen con la muerte.
Delante de todo ondulan líneas de caballos y guerreros.
Este es el Cuerpo de mi Pueblo, la Gran Muralla.
Mientras este centro exista
el Emperador podrá seguir en la Ciudad del Cielo,
cobijado bajo el pliegue de su dragón.
Hwang Ti[4]: somos tu corazón y palpitamos como
/una bóveda.
Eres la fuente de nuestra sabiduría,
el sentido de nuestro amor,
la tradición y el servicio.

Chung Chang Tzú. Dinastía Ch'in.

[4] Emperador Amarillo.

La serpiente de los vientos

El mayor criminal de toda la Serpiente de Los Vientos
es quien mata a la mentira.
Porque las máquinas de la verdad
fabrican mentiras más grandes.
Se va la inocente poesía,
viene el falso realismo oculto tras parábolas mortíferas.

Chuh Fo. Dinastía Ch'ing.

Resistir

En mi caldero tengo trozos de marfil en fermentación.
Aquí están todas las memorias raciales;
cada fragmento vivió mil años
en cada uno de los pueblos de China.
De ello haré un gran dorso de elefante nuevo,
con soldaduras mágicas.
Montado en mi flamante cabalgadura
me dispongo a cruzar la hondonada de los bambúes,
temible y silenciosa.

Fan Meng Li. Dinastía Sui.

Origen del mal arte

Separar el color de la forma,
implica para ambos la mutilación
y sus transformaciones en demonios.
De este mal arte surgieron las diez mil aberraciones
sin centro corporal y sin alma.
El orden del caos no lo excusa.
Esa ordenación no es suya:
la robó de la armonía entre la Tierra y el Cielo.

Chang Tshia. Ducado de Ts'in.

El otro Noh (pintura japonesa)

Hay un Noh asesino del Noh.
Esto vi en mi viaje al Japón.
Los actores, luego del espectáculo,
toman té en ceremonia;
sus rostros cubiertos con máscaras.
Es secreto sabido que incluso a solas,
entre bambúes y lacas,
elaboran el velado gesto del Demonio.

Te Chuang. Dinastía Ming.

Máscaras chinas

A una señal, con gran algarabía,
se arrancan mutuamente sus falsos rostros.
Son tapas.
Abajo hay otras.
Cajones que contienen cajones más pequeños.
Por la repetición, se adivina el secreto menor
y su ilusión vacía.

Hwang Hupeh. Dinastía Liang.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Tres años

Hay un momento donde más muerta está la ilusión
de eso que, desesperados, conseguimos en sueños.
No mucho después,
sino en el instante del despertar.
Abro los ojos luego de un sueño de tres años.

Cho Tang. Dinastía Chin.

El hundimiento

Miro a través de la linterna mágica
los trajes ceremoniales que me ofrece.
Cortinas, musgos y prismas
constituyen Tesoros Imperiales,
pero han venido largos barcos
y la dinastía se derrumba.
Traen grandes lupas que ciegan la visión
y sus trompas atruenan el oído.
¿Qué soporte seguirá sosteniendo el centro?
Diez mil veces sean malditos los diablos extranjeros.

Li Feng. Dinastía Ch'ing.

Afilando mal una espada

Un pozo con agua rebelde,
que no quiere adoptar la forma del recipiente que la
/contiene.
Un fuego que pretende permanecer estático,
sin cambiar de forma.
La avalancha de tierra
que busca imitar el fluir de los ríos.
Un aire inmenso
que se niega a respirar.
Estos cuatro son el arte de la decadencia;
porque una espada se afila con maestría,
/entre los Cánones.

Nan Chao Li. Dinastía Sung.

Secreto religioso

Aísla tu cuerpo
y destruirás tu espíritu.
La religión verdadera
liga dos veces.
Vincula tu cuerpo a la Tierra,
para así alcanzar la armonía del Cielo.

Yen Ts'anglang. Dinastía Ch'i.

Un presentimiento

Allá, inmóvil,
entre bolas de nieve,
una rara flor cortante,
de bordes letales.

Yang Ch'eng. Dinastía T'ang.

La ira de un dios muy cercano

El cuerpo es un intermediario
y el Dios que tenemos más cerca.
Requiere cuidados, rituales y primicias.
Resiste toda provocación y es lento en el enojo;
pero si lo has desaguardado,
nada te salvará de su ira.

Tseng Feng Hsi. Dinastía Yuan.

Casa ruidosa

Mis extraños jardines hechos con árboles y rocas,
inspiran una sonrisa en plano elevado.
Sin embargo, estoy perdido entre mis máquinas e
/invenciones.
En el biombo un silencio se desquita
y una sombría aberración,
con pesado esfuerzo y desde el borde,
avanza hacia el centro.
No quiero ser ministro pero debo servir.
Desde mañana se habrá terminado mi tranquilidad.

Lü Ch'iu. Dinastía Hsia.

El paso desconocido

Todos dicen que lo difícil es obtener
/el polvo de proyección.
Desde aquí –afirman– conseguir la piedra filosofal
/es una futesa.
Yo he dado el primer paso cuantas veces he querido,
sin el menor esfuerzo.
El otro, sin embargo, me es imposible.
Lo veo, mientras mi edad avanza.

Tsé Fung Tsi. Reino de Chou.

La diferencia de un color

El año feliz y convulso de nuestro amor
estuvo signado por ámbar dorado.
Antes de partir, ella me entregó
el ámbar gris y mortífero.
El pez se parece al agua en la cual está sumergido.
Pero quién podría creer iguales sus esencias.

Tung Tai. Reino de Chao.

Vientos contrarios

Los discípulos de Cheng se parecen a extraños barcos
impulsados por vientos contrarios.
Todo lo analizan, particularmente sus almas
y avanzan por el opuesto.
No saben que su tierra es plana
y caerán en el abismo.

Wu Yang Tsu. Dinastía Shang.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Vanos trabajos

Por nosotros, tú y yo,
sólo efectuamos trivialidades o acciones imposibles.
Quisimos darle de beber al pez
y aun pretendimos enseñarle al viento a respirar.
Fuimos dos lámparas encendidas,
colocadas a remota distancia la una de la otra,
empeñadas en iluminarse mutuamente.
Estériles tales trabajos;
como el de quien intentase cuadrar una figura,
rebatiéndola desde sus círculos.
Así el amor, cuando ha terminado.

Su Huei. Reino de Yen.

Una frase que obliga a la reverencia

La dura princesa Wu pidió una canción.
Muchos han muerto ya, procurando satisfacerla.
Grande es el premio, empero:
su propia mano.
Por la posibilidad de su sonrisa festiva,
mueren uno tras otro.
Cantó un joven poeta;
fuerte y vigoroso, pese a su juvenil carencia.
La princesa Wu chasqueó los labios
como una muerte china.
«Castigad la desfachatez de cantar mal».
Como un juego, con alegría,
entregó al joven a sus verdugos,
para que lo transformaran en un niño sangriento.
También cantó un adulto guerrero;
con tal ingenio, que movió sus batallas hasta la poesía.
«Tu canción me gusto bastante más.
No lo suficiente, empero.
Tendré para contigo la piedad de la naturaleza.
¿Cuándo has oído que el lobo hambriento sea perverso?
Dadle una muerte rápida».
Pero él, desprendiéndose de sus guardias,
se arrojó a un abismo,
deslizando su cuerpo sobre el arpa de las rocas.
Ella movió la cabeza en raro gesto.
«Cayendo hizo música, pero ni aun así me convence.

Preparadle un sacrificio crematorio.
Pero no a su cuerpo,
que ahora está siendo destruido
por los pequeños lavadores de seda.
Quemad una imagen de papel,
previo escribir en ella su nombre.
Así tendrá doble muerte,
como el final abrupto de un segundo sueño.
Ponedlo dentro de una armadura completa y sepultadlo.
En esa forma se mezclara con el hierro,
y poco a poco adquirirá la fortaleza
que le faltó en el último instante.»
Por fin vino un sabio arpista.
El músico atreviose a mirar a la joven princesa Wu.
Ella estaba inmóvil y sin embargo,
pintaba huesos con laca.
El artista sonrió.
Ella dijo:
«Un joven de veinte años es muy tonto.
En su conversación siempre está la disonancia
o el ruido inesperado.
Un hombre de treinta años es más tonto aún.
Pretende superarme pero no tiene edad suficiente.
Me parece haberte visto antes.
De cualquier manera,
un anciano de cuarenta es demasiado viejo.
¿Cómo podría conmover mi corazón?
Deberás cantar tres veces mejor
que el centro de los otros.
Pronuncia entonces la frase que me obligue a la reverencia.»

«Ellos murieron por no comprender a tiempo,
princesa Wu,
que tú, bajo tus ropas,
estás desnuda.»

Shen Kuci. Reino de Ch'u.

Jugando al dominó

El dominó es el juego perfecto.
Resulta necesario pensar y estar atento,
sobre todo si me dispongo a jugarlo en pareja.
Pero también depende del azar.
Es un juego breve, conciso, sumario.
Pequeños círculos, cavados en el marfil,
esperanzados, festivos y negros
sobre rectángulos.

Yuan Ho. Dinastía Han.

Rostro en penumbras

En la Universidad de Amoy me enseñaron que la luz,
al reflejarse en la superficie de ese espejo,
me permite ver mi propia ilusión.
No dudo esta verdad.
Sin embargo ello no explica la fuerza,
el alma del espejismo.
No comprendo por qué, si estoy en un cuarto
/resplandeciente,
iluminado por las constantes centellas de cien lámparas,
del otro lado se desliza un rostro en penumbras.

Sun Fo. República.

Seda y gansos salvajes

Mi mujer domestica gansos salvajes
y lava la seda.
Amada de mi corazón:
sólo puedo decir:
«amada de mi corazón».
Esto, quizá, te parezca trivial.
No tienes antecedentes.
Tal vez nunca tuviste la suerte
–o la desgracia–
de que alguien se enamore de ti.
Si ello te aburre,
no deja de ser normal y lógico.
El amor suele terminarse
cuando llega el amor.

Te Chuang. Dinastía Ming.

La importancia de manejar pequeños vacíos

En un bazaar, sobre una plataforma de madera pulida,
se despliegan ocho abanicos de cristalería reluciente.
En alguno de los conjuntos, observo con desagrado
/una copa rota.
Vuelvo al otro día y nada ha variado.
Su dueño no lo advierte o no le importa.
Más le valiera no existir:
única respuesta a tal falta de urgencia.
Si no tiene con qué reemplazarla,
es preferible un pequeño vacío;
porque una diminuta
–casi imperceptible mutilación–
se propaga sobre el todo.

Tseng Feng Hsi. Dinastía Yuan.

La otra sabiduría

Buscando encontré la cáscara, dorada,
de un fruto vacío.
Mi fortuna fue mirar por su grieta;
escarmenté antes de abrir del todo
la abominación funesta.
Quien pierde su tiempo en inútiles sabidurías
jamás encontrará su centro,
lugar donde está el corazón de una mujer.

Yang Ch'eng. Dinastía T'ang.

A Sun Yat-Sen, fundador del nuevo error

Quien lograra que los hombres
fuesen más terrenales,
y pudiera dar a las mujeres
más vocación de servicio,
habría creado un mundo indestructible.
Sólo después, después de esto,
no habrá fuerza mayor que la del amor.

Sun Fo. República.

En aguas bajas

Mis poemas antes tenían
toda la profundidad de la superficie.
Ahora tienen toda la superficialidad
de lo profundo.
Yo sé de la molicie que espera en las aguas bajas.

Shen Chin. Dinastía Wei.

El golpe de la serpiente

El espíritu de la combustión
anida en estas raras aguas que mezclo.
La serpiente golpea con su cabeza
y con todos los anillos de su cuerpo.
He aquí por qué nunca falla el golpe.

Hwang Hupeh. Dinastía Liang.

Hechizo y vergüenza

Nuestro amor fue como un poema con final horrendo.
En un sentido estaremos siempre juntos,
aunque nos haya separado
el hechizo de una vergüenza.

Nan Chao Li. Dinastía Sung.

Atravesando armonías y desarmonías

Penetro en un mundo de grutas, fuegos y escalones;
habito, atravieso y elevo mi cuerpo.
Sobre la hojarasca algo me mira:
fatídico, flotante, como un rostro verde.
Luego sobreviene una prodigiosa cantidad de árboles,
apretados como matas,
ajardinadamente distribuida su selva legendaria.

Chang Tshia. Ducado de Ts'in.

Grillos combatientes

En el cielo, dos nubes combaten furiosas
como grillos guerreros.
El viento las empuja,
como nosotros, a estos pequeños seres,
impulsamos con hojas de árbol a la batalla.

Teng Hsiao Chou. Dinastía Han.

Debilidad oculta

Las paredes de mi casa son de papel;
por eso las he pintado, para que nadie pueda rasgarlas.
Diseñé motivos acuáticos, fuentes y pájaros.
Es mi esperanza que los enemigos no adviertan
la presencia de las aves,
porque sólo un lago puede cerrar en el acto
el tajo de una espada.
Mientras tanto, en un cuarto interior,
con mis amigos, sin más precaución ni cautela,
ruidosos como cien gansos gigantescos,
bebemos el dorado licor del árbol de la sidra.

Shen Chin. Dinastla Wei.

La concubina

Ella, desnuda, se expone ante mí,
en una variedad de su invitación clásica.

Yen Ts'anglang. Dinastía Ch'i.

Un viaje difícil

No es un trabajo ajeno al hombre;
sólo resulta estéril, tal empeño,
en el mundo de la abstracción.
Pero es que, contrariamente a lo supuesto,
casi todo es imposible en el cuarto del pensamiento.
El moverse entre objetos reales
tendrá final afortunado.
Obtendrá un feliz término el difícil viaje del
/redondo al cuadrado
y también el opuesto a ese camino.

Wan Loo. Reino de K'uang.

Mutaciones

Cerca de un sector de mi casa
se mueven arenas peligrosas.
Planté unos pocos,
pequeños y firmes vegetales.
El exagrama de la seguridad interior
hará más improbable el deslizamiento.

Suh T'ang. Reino de Tüeh.

Astuta gentileza

Forzoso es el silencio,
aunque el pueblo no olvide
en el fondo de su corazón.
Mi Emperador se ha hundido
entre ramas secas y flores amarillas.
Sin par la astucia del enemigo:
no arrojaron antorchas
por miedo a que el fuego crezca y no se apague.

Nü Ping. Dinastía Ch'en.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Astuta falta de gentileza

Seres con el alma descompuesta,
falsifican y vician
adulterando la visión.
Levantan cien murallas
para tornar difícil el acceso
al Gran Irrebatible,
el camino al defensor de lo biológico.
A paso vivo caminan muchas veces
sobre los sueños del Viejo Emperador.
Cuán grande la necesidad de borrar el camino;
cuán tremenda la importancia dada
a revivir sus muertos ejércitos
para matarlos una vez y otra.
Él es dueño del pasado
y su Sombra Venerable
jamás podrá ser refutada.
Está entre los hielos y las Montañas del Norte.
Representa los Cuatro Caminos
y las Ocho Partes del ciclo persistente.
Su palpitación no cesa,
y algún día bajará para encontrarse
con el respeto y el afecto de sus fieles.
Él nos conducirá de nuevo a la victoria.

Nü Ping. Dinastía Ch'en.

Una lección terrible

Todos, entre desvergonzadas ceremonias,
olvidaron la cara del Ti.
¿Será que sólo yo la recuerdo?
En los demás está ausente
la consagración de su rostro.
Inolvidable la lección metafísica del olvido.

Chan Lin. Dinastía Ch'en.

Sabiduría biológica

En el pueblo subyace
la incorrupta sabiduría biológica.
De no ser por la gente vulgar
hace rato que habríamos perecido.
La secreta unión entre los hombres verdaderos
y una parte del pueblo,
nos ha permitido conservar lo poco que tenemos.

Fu Din Chi. Dinastía Ch'en.

Bajando el opuesto

Insinúas con tu actitud
que mi excesivo interés te inspira rechazo.
Pero el movimiento es siempre un punto de vista.
Yo digo que es la terraza la que baja su vuelo
alejándose de la grulla.

Tsé Fung Tsi. Reino de Chou.

La arrogancia de lo que no se transforma

Conozco a una mujer que todo lo comprende,
pero sólo en el reino de la poesía.
Los otros chinos, vecinos suyos,
han conectado sus jardines bajo tierra
con un sistema de cisternas comunicantes.
Ahora son como grandes vasos,
llenos hasta la misma altura
con peces y agua dorada.
Un manantial de la montaña Tien Tai,
se encarga de nutrirlos con la nieve
del propio vapor que brota de los campos.
Sólo ella ha sellado la posibilidad oculta de su jardín,
y cree poder vivir aislando el reino.
Me es muy difícil explicarle lo inhumano
de comprender un secreto y no aplicarlo.
Ella todo lo sabe, como un oráculo,
pero nada más que en el interior de lo poético;
es como un trueno que no sale de su espacio
o una montaña que se hunde para siempre
en la imposible profundidad de un lago con abismo.
Falta una de las Ocho Transformaciones
y el circuito falla siempre en el último instante.
Perpetuamente vuelve a la repetición de su vicio.
La poesía, con un mundo de menos,
fracasa por alquimia monótona y así,

las aguas quietas del estanque,
poco a poco se transforman en pantano.

Wu Yang Tsu. Dinastía Shang.

La propuesta del oráculo

La hija menor alcanzará su logro,
cuando se atreva a cruzar el río
bajo la mirada de su madre.

Chah Cheng. Dinastía T'ang.

Conociendo a una persona antes del momento adecuado

Pocas desgracias pueden ser tan formidables,
como la de estar deslizado en el tiempo.
Cinco años puede ser todo lo que hace falta
para la diferencia entre el horror y la felicidad.

Ho Yuan Chen. Dinastía Legendaria.

La vejez como castigo a la insolencia

Quienes se oponen a la vida, siempre tienen éxito.
Su triste victoria es el mejor castigo a tanta insolencia.
No me apiado de los rostros
con vestigios de fortalezas inexpugnables.
No me compadezco del falso ritual,
lleno de amuletos y ruinosas murallas chinas.

Tung Tai. Reino de Chao.

La negación del árbol, de la mujer y de la casa

Al principio parece viable
la idea de apuntalarse con abismos.
Pero es la juventud quien, con su riqueza,
mantiene por un tiempo lo insostenible.
Atroz será el desengaño,
formidable la caída.

Teh Ping. Reino de Ch'en.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

El espejo implacable

Como al final siempre hay un espejo,
la vejez suele traer castigo.
La mentira necesita sangre,
como cualquier ser humano.
Cuando ya no haya juventud a quien robarle,
desaparecerá la reverberación desértica
que sirve de biombo al error.

Su Huei. Reino de Yen.

La desconfianza como prueba de poca sabiduría

La duda cierra la posibilidad,
el ciclo y todo reverdor.
Tengo un amigo
que no vive sino para ser traicionado.
Si por algo lo admiro
es por su persistencia en la confianza,
pese al tono sombrío del augurio.
Se levanta cada mañana
y permanece invariablemente aferrado
a la femenina forma de la Tierra.

Hwang Ha Li. Poema redactado
en Escritura Antigua. Dinastía Legendaria.

La nieve sobre el paso del emperador Ch'in

Estuve aquí el último verano para mirar el abismo,
ahora cubierto por nieve flotante.
Si un animal pisara esa falsa solidez
bajaría rápido hasta su mismo fondo.
La nieve parece suspendida sobre la grieta
/entre montañas;
luego desciende, repleta y eternal,
como una informe masa de niebla.
Ella está colmada de blanco y helado polvo,
fino, impalpable;
tan sutil que si esa masa gigantesca se fundiera
entraría en esta pequeña vasija
que sostengo en mi mano.
Tengo miedo pues estoy cansado
y las figuras blancas producen deslumbramiento.

Ts'ang Chou. Dinastía Han.

Fuego en la montaña llamada Grande

Marismas, nieblas flotantes,
restos de hogueras dejadas por los cazadores.
Un bermellón entre las ramas del bosque
y el sordo retumbar de la tierra.
Atravieso los últimos cordones de la floresta.
Abajo, luego del abismo, está la gran montaña del volcán.
La arena fundida, como una respiración,
sube a intervalos regulares y luego baja.
Cuando el rojo líquido elévase
hincha enormes burbujas, blancas y amarillas.
Al desplomarse, las protuberancias
estallan en gruesos fragmentos.
Las incrustaciones doradas, en esa ladera,
semejan hileras de tumbas imperiales.
Sé que la duda es el Demonio,
pero no puedo dejar de preguntarme
si esta montaña, llamada Grande,
se apagará algún día.

Poema muy secreto, atribuido al Ti Yao,
recientemente descubierto en las excavaciones para la
construcción de la Ciudadela de Palacios Santai
Transcripto al chino moderno por Teh Po, archivero,
Dinastía Chou.

Un poema luego de leer tus máximas

Cuánto has cambiado desde las épocas del poema de Yao.
Aquí ya no hay selvas y la carretera cruza confiada,
insolente, impávida, bajo la montaña Grande.
Un volcán es como una dinastía:
cuando muere, muere para siempre.
Ahora todos han pasado, barridos por el pueblo,
que ya no los necesita.
Hoy otra montaña, la del Manantial del Este[5]
ilumina a la nación china.
Cabello, hierro nevado, gloria interminable.
Vive aún la tarde calurosa del estío.
Me dispongo a viajar al interior del viejo volcán
luego de trepar las piedras dorsales de su cuerpo.
Atravieso las grutas de sus basaltos pavorosos.
El fuego, al retirarse,
dejó petrificaciones con formas de burbujas.
Las rocas, al cicatrizar, cerraron la cámara
donde se desplomaron, entre respiraciones,
las masas ardientes.
Allí una catarata de piedra fundida,
resquebrajada por el frío,
ahora transformada en cientos de largos prismas.
Sólo amarillas oropéndolas podrían compararse
a esa dorada intensidad
entre dos grises de oro.

[5] Mao Tse Tung quiere decir Manantial del Este.

Únicamente los pájaros
o los sellados sarcófagos de Ming.
A pesar de todo, gracias a las incrustaciones basálticas,
hay otro color en flotación;
un rojo general, insobornable y sin error,
como el cromatismo de miles de banderas
o de una Larga Marcha.
El pensamiento de nuestro Presidente,
desde el centro de la Tierra Central,
fluye y refluye por siempre jamás,
día y noche, sin comienzo ni fin.
Tu magisterio se asienta en la Terraza de la Dominación.
Mil millones de rayos tiene el centro de tu rueda.
Entre esas piedras amarillo purpúreas,
antaño calurosas y que se hundieron con un suspiro,
precipitáronse para siempre las dinastías.
El presentimiento de Yao está cumplido.
Pero ahora te pregunto, Presidente y Manantial:
¿quién tendrá la fuerza para lograr lo imposible:
la caída de tu pueblo?

Hwang Tao. República Popular.

El estancamiento

Cabello, Manantial del Este:
¡cuán grande tu error!
Antes que dejarte conducir
por la Pandilla de los Cuatro Retrógrados,
habría sido preferible tu retiro y tu poesía.
Siete Malas Cabezas intoxicaron la tuya.
¿Dónde está la industrialización?
¿Dónde la tecnificación de los campos?
¿por qué tus ejércitos medran con armas primitivas,
inermes frente a los Dos Imperialismos?

De los papeles que se han recuperado
del camarada Fang,
muerto durante la Revolución Cultural.

Para comprender un horror

Nadie imagina lo espantoso hasta que le ocurre.
Es, ciertamente, una ley natural.
Sólo viéndolo se comprende la infinita capacidad
/de horror
que toman las cosas cuando se combinan
/de cierta manera.
Mi familia quedó en el continente:
mi mujer, mis dos hijos.
Según cierto punto de vista podríamos decir
que hay quienes separan al hombre de su esposa
por el puro gusto de verlos sufrir.
O agregar también que ello es verdad
sin que importen las excusas alegadas.
Hay buenas razones, sin embargo,
y ello es atendible.
Sí. Atendible.
Y por eso todos suponen que Separación
es la palabra de un poema.
Malditos sean los rojos bolcheviques;
largamente maldita sea su Marcha
y maldito su sueño abominable.
Que la Congregación de la Muerte
jamás tenga perdón.
Grises vientos y arena impalpable
sean su alimento,
y aterrador el castigo final.

MATERIAL DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA

¡Oh general Chiang:
Redentor del Fuego,
Padre de la Sangre,
expulsa a los bárbaros demonios!
Permítenos el placer de la venganza
y la felicidad del retorno.
Yo espero aquí, rodeado por boyantes montañas
y la fosforescencia del agua.
Nada, ni la muerte,
quebrará mi fanática confianza
en el Día del Esplendor.

Soldado Foh Hsia. Islas Quemoy.

INDICE

Prólogo 7

El puente de maderas azules 11
Las ruinas del viejo trono 12
Escribiendo un poema 13
La fuerza de quien mira 14
El recuerdo de tu sonrisa 15
Despedida flotante 16
La Gran Muralla 17
Tomando trabajos 18
Mi corazón te busca 19
A la memoria del Rey Tzing,
derrotado por una coalición de reyes 20
Eres mujer 21
La crueldad como templo del amor 22
Las dos casas de la golondrina 23
El crecimiento de las grandes aguas 24
Cruzando el vado 25
Una hoja se agita 26
El Rey Ch'in quema libros y construye murallas ... 27
Soy mujer 28
No haré como la Quinta Luna 29
Descansando un momento 30
El trueno de la seda 31
Ayer sonreíste 32
Tú y yo 33
El arroz que compartimos 34

Un poema vulgar 35
Una verdad comprobable 36
Árbol ciruelo 37
Ayer, no estabas 38
El puñado de arena en el fondo de la embarcación .. 39
Lámpara ritual 40
Un viejo maestro 41
Pequeño laurel 42
El ojo de jade 43
Arreglos de paisajes en miniatura 44
La balanza con forma de dragón 45
Enojo de mujer 46
El pájaro del desierto sin colores 47
El torrente 48
Error invisible 49
Un hombre buscaba 50
Un presentimiento a orillas del Ho 51
El maestro pensamiento 52
El órgano del arte 53
Camino de campo 54
La princesa T'eng 55
Jóvenes caballos 56
Los ocho palacios 57
Diablo extranjero 59
Las cuatro edades del hombre 60
Enfermedad de jardín 61
Pesadilla 62
Pequeño gorrión 63
El camino del medio 64
Ajedrez de País Central 65

La serpiente de los vientos 67
Resistir 68
Origen del mal arte 69
El otro Noh (pintura japonesa) 70
Máscaras chinas 71
Tres años 72
El hundimiento 73
Afilando mal una espada 74
Secreto religioso 75
Un presentimiento 76
La ira de un dios muy cercano 77
Casa ruidosa 78
El paso desconocido 79
La diferencia de un color 80
Vientos contrarios 81
Vanos trabajos 82
Una frase que obliga a la reverencia 83
Jugando al dominó 86
Rostro en penumbras 87
Seda y gansos salvajes 88
La importancia de manejar pequeños vacíos 89
La otra sabiduría 90
A Sun Yat-Sen, fundador del nuevo error 91
En aguas bajas 92
El golpe de la serpiente 93
Hechizo y vergüenza 94
Atravesando armonías y desarmonías 95
Grillos combatientes 96
Debilidad oculta 97
La concubina 98

Un viaje difícil 99
Mutaciones 100
Astuta gentileza 101
Astuta falta de gentileza 102
Una lección terrible 103
Sabiduría biológica 104
Bajando el opuesto 105
La arrogancia de lo que no se transforma 106
La propuesta del oráculo 107
Conociendo a una persona antes
del momento adecuado 108
La vejez como castigo a la insolencia 109
La negación del árbol, de la mujer y de la casa 110
El espejo implacable 111
La desconfianza como prueba de poca sabiduría ... 112
La nieve sobre el paso del emperador Ch'in 113
Fuego en la montaña llamada Grande 114
Un poema luego de leer tus máximas 115
El estancamiento 118
Para comprender un horror 119

Este libro se terminó de imprimir en
Área Cuatro en el mes de marzo de 2013
Buenos Aires - Argentina